

## Capítulo primero

En el mes otoñal de septiembre de 1857, dos aprendices perezosos, agobiados por el largo y cálido verano, exhaustos por el prolijo y duro trabajo que la estación traía consigo, abandonaron a quien los ocupaba. Ambos eran servidores de una dama de grandes méritos, llamada *Literatura*, persona de crédito y reputación excelentes, aunque no tan estimada en la ciudad como debiera serlo. El hecho es más notable porque nadie puede alegar nada contra ella en aquel lugar, donde no se ignora que sus parientes han prestado insignes servicios a muchos famosos ciudadanos de Londres. Para probarlo, baste citar el nombre de Sir Guillermo Walworth, alcalde de la capital bajo el rey Ricardo II, en la época de la insurrección de Wat Tyler, y el de Sir Ricardo Whittington. No habrá quien albergue dudas sobre la evidencia de que éste último, distinguido magistrado, está en deuda con la familia de la señora a que nos referimos, merced al valioso presente de su célebre gato. Hay también buenas razones para suponer que fueron estos mismos parientes quienes hicieron sonar

en su honor las campanas de Highgate por sus propias manos.

Los mal aconsejados jóvenes que así eludían el cumplimiento de sus deberes con la noble dama que les prestara muchos y señalados favores, obraban a impulso de la vil idea de realizar un viaje perfectamente ocioso en una dirección cualquiera. No tenían el propósito de encaminarse a ningún sitio concreto, ni de ver nada, ni de conocer nada, ni de aprender nada: sólo deseaban no hacer nada. Únicamente querían no trabajar. A imitación de Hogarth, se aplicaron a sí mismos los nombres de Thomas Idle (*Ocioso*) y de Francis Goodchild (*Niño bueno*); pero conviene advertir que en cuanto a ociosidad no diferían uno de otro, moralmente hablando, ni el blanco de una uña, pues ambos eran holgazanes a más no poder.

Sin embargo, entre Francis y Thomas existían algunas diferencias de carácter: Goodchild era un holgazán diligente, capaz de soportar toda clase de trabajos y molestias con tal de proporcionarse la certeza de estar ocioso en absoluto. Para abreviar, diremos que su noción de la holgazanería consistía en creer que al practicarla se entregaba a una ocupación útil. Por su parte, Thomas Idle era un perezoso mixto del tipo de holgazán irlandés y vago napolitano, o sea un holgazán pasivo, un perezoso de nacimiento y por educación, un ocioso consecuente, que practicaba lo que hubiese predicado de no haber sido hartamente indolente para pre-

dicar. Era, pues, la encarnación completa y perfecta de la holgazanería.

Los dos aprendices perezosos se vieron, a las pocas horas de su escapatoria, caminando hacia el norte de Inglaterra, o dicho con más exactitud, Thomas se encontró tendido en una pradera mirando los rieles del ferrocarril que pasaba por un viaducto distante, pues esto resumía su concepto personal de ir de viaje hacia el Norte, mientras Francis realizaba una milla de recorrido con el reloj rumbo al Sur, lo que satisfacía también su propio concepto de ir viajando hacia el Norte. Entre tanto, el día declinaba y ningún indicador de millas había sido rebasado aún por los dos caminantes.

—Thomas —dijo Goodchild—, el sol está muy bajo. Levántate y pongámonos en camino. —No —contestó Thomas—. Aún no he acabado con “Ana Laura”.

Y continuó entonando esta popular y perezosa canción hasta llegar a la estrofa donde el protagonista se declara dispuesto a entregarse “en brazos del sueño eterno”, lo cual, en prosa sencilla y llana, equivale a tenderse en tierra y dejarse morir.

—¡Qué asno era ese individuo! —exclamó Goodchild con el amargo énfasis de desprecio. —¿Qué individuo? —preguntó sorprendido Thomas Idle.

—El protagonista de tu cantar. ¡Entregarse en brazos del sueño eterno! ¡Qué llorón y qué memo! ¿Acaso

no le valdría más levantarse y sacudir un buen puñetazo en la cabeza de quien conviniese?

—¿De quién? —preguntó Idle.

—De alguien. Alguien sería mejor que nadie. Si yo llego a sentir una cosa así por una muchacha, ¿imaginas que me entregaré al sueño eterno? No, señor —prosiguió Goodchild, fingiendo despectivamente el acento escocés propio de la balada—, yo me liaría a golpes con alguien. ¿No harías tú lo mismo?

—Yo empezaría por no tener complicaciones con la muchacha —bostezó Thomas—. ¿Para qué tomarse esa molestia?

—Enamorarse no es una molestia, Tom —objetó Goodchild, moviendo la cabeza.

—Bastante molestia comporta librarse de ello cuando uno se deja enredar —adujo Thomas—. Así pues, por mi parte, procuraré librarme del peligro. Y te aconsejo seguir mi ejemplo.

Goodchild que estaba siempre enamorado de alguna mujer, y a menudo de varias a la vez, no replicó. Exhaló un hondo suspiro, o si lo preferís, uno de esos sonos que la gente plebeya suele denominar más bien “un bufido” y después, levantando en vilo a Idle, quien no le resultó tan pesado como el suspiro, le estimuló a encaminarse hacia el Norte.

Ambos habían expedido sus equipajes por ferrocarril y sólo llevaban una mochila cada uno. De momento, Idle se entregaba a constantes apetencias del tren:

computaba, entre las intrincadas columnas de la guía Bradshaw, la ruta que el convoy emprendería, calculaba dónde estaría ahora, dónde un momento más tarde, dónde al otro, y por fin, se preguntaba con amargura a qué diablos conduce andar a pie cuando se puede ir en tren y a gran velocidad. ¿Para ver el paisaje? Si es por eso, también se puede mirar por las ventanillas. Desde ellas cabe apreciarlo mucho mejor que caminando. Además, ¿a quién le interesa ver el paisaje? A nadie. ¿Y a quién le interesa andar? A nadie. Hay muchos que hablan de que andan, pero mienten. Siempre se echan atrás en seguida, de modo que cuando dicen que han hecho un viaje a pie, su aserto no es exacto. En resumen, ¿por qué habían de andar ellos? Al menos, él no andaría más. Lo juraba por aquel jalón que surgía en el camino.

El jalón marcaba la quinta milla desde Londres. Como se ve, ambos amigos habían progresado mucho en su viaje hacia el Septentrión. Sometiéndose a aquel poderoso encadenamiento de razones, Goodchild propuso volver a la metrópoli y dirigirse a la estación terminal de Euston Square. Thomas asintió con alegría y así fue como realizaron ambos su viaje hacia el Norte en el expreso de la mañana siguiente, después de instalar sus mochilas en el furgón.

Aquel expreso era como son y deben ser todos los expresos. Esparcía por los campos segados un olor análogo al de una casa en día de abundante colada y dejaba

tras sí una larga estela de vapor, como si la máquina fuese una gigantesca tetera de bronce. Fruto del máximo esfuerzo combinado del arte humano y de las potencias de la Naturaleza, el tren se desliza a increíbles alturas, ante las miradas atónitas de la gente que lo contempla desde campos y caminos, viéndole semejar, elevado y a distancia un minúsculo e irreal juguete. Su locomotora prorrumpe a veces en tales alaridos de histerismo, que quien los oye se extraña de cómo los hombres que conducen la máquina no la atan pies y manos y le tapan la boca. De cuando en cuando, el convoy se sumerge en los túneles con imponente arranque y galopa a lo largo de leguas y más leguas de oscuridad. Luego, viene estación tras estación, ante las cuales pasa el expreso sin detenerse; surgen otras, donde se para con estruendo parecido al de una descarga de artillería y donde recoge a cuatro campesinos con ramilletes de flores y a tres hombres de negocios con sus maletas. ¡Y adelante otra vez! Tra-ca-tra-tra-tra-tra...

A largos intervalos, incómodas cantinas de estación, más incómodas aún por el desprecio que la Bella que las sirve evidencia hacia la Bestia del público, aunque con la peculiaridad de que aquí la Bella no acaba, como en la ficción, compadeciéndose de la Bestia, y donde los estómagos sensibles terminan por indigestarse ante el hostil desdén con que les son servidos los manjares que demandan. Después, nuevas estaciones donde sólo se ve una campana y esa especie de extrañas navajas

de madera que, sujetas a sus postes correspondientes, simulan afeitar el aire. Campos donde caballos, ovejas y vacas se muestran acostumbrados al ruidoso tren y no se asustan de él; otros donde el ganado huye en tropel, seguido por manadas de cerdos. El bucólico paisaje se oscurece, se ahuma, huele a carbón, se torna infernal, se embellece, se afea, vuelve a embellecerse tras afearse... Ahora un bosque, un arroyo, una cadena de montañas, un desfiladero, un pantano, una ciudad episcopal, un erial, una plaza fuerte... A continuación negras y míseras casuchas, un canal negro, gigantescas chimeneas negras. Más allá un bonito jardín con flores espléndidas y bellas; luego, un campo calcinado, como un ara salvaje, llena de cenizas; en seguida, jugosas praderas a cuyos bordes ondula el agua, y al fin una serie de terrenos sin cultivo y sin edificación, áridos, en las afueras de una somnolienta ciudad, donde todavía se percibe el redondel que días atrás ocupara un circo ambulante. Cambian la temperatura, el dialecto, la gente; los rostros son más angulosos, los ademanes más sobrios, las miradas más enérgicas y penetrantes. Y todo este cambio es tan rápido que el empleado ferroviario, fulgurante en su londinense uniforme con trencillas de plata, no ha tenido tiempo aún de que se le arrugue el cuello de la camisa, ni ha entregado la mitad de los despachos que lleva en su lustrosa carterita, ni siquiera ha leído su periódico.

¡Carlisle! Idle y Goodchild habían llegado a Carlisle. La población parecía congénita y magníficamente ociosa. Para diversión del público, había sucedido algún incidente el mes anterior, y se esperaba que ocurriese otro antes de Navidad, y entre tanto celebraban unas conferencias sobre la India dedicadas a quienes gustasen del tema, lo cual, por supuesto, no sucedía a los dos aprendices. También, para los aficionados a ello, había comentarios y críticas sobre cuantas insulseces antiguas y modernas se publicaban. Y para los amantes de depositar óbolos con destino a las misiones, existían los correspondientes cepillos de limosnas. Quienes se interesaban por los ensayos artísticos de a treinta chelines del Reverendo Podgers, veían al representante de la Iglesia casi de balde, así como a su cofrade el ampuloso y ameno Cadgers que, si bien de la misma especialidad, se oponía fraternalmente al señor Podgers con uñas y dientes. Allí había también guías relativas a las antigüedades del contorno y a los lagos de la comarca, en toda clase de ediciones áridas y monótonas. Se atisbaban muchas cabezas, de ambos sexos, física y moralmente inverosímiles, para uso de las señoritas amantes del arte del dibujo y la copia, y hasta un impreso del orador sagrado señor Spurgeon, macizo como la carne, por no decir más. Los jóvenes trabajadores de Carlisle paseaban por las calles, con las manos en los bolsillos, en hileras de cuatro o seis, sin que al parecer tuviesen que hacer nada, con gran contento de Thomas Idle.



Las muchachitas obreras de Carlisle, de doce años en adelante, paseaban también tomando el fresco y burlándose de lo que decían los mozalbetes trabajadores. A veces eran ellos quienes hostigaban a las jóvenes con bromas ligeras, como sucedió en un grupo reunido alrededor de un hombre que tocaba el acordeón; de tal grupo se separó un galán, y avanzando por detrás hacia una muchacha por quien parecía sentir viva ternura, le gastó la delicada chanza de asestarle un puntapié, siendo de advertir que el bromista llevaba zuecos.

Los días de mercado, Carlisle despertaba sorprendentemente de su sopor, convirtiéndose, a juicio de los dos aprendices, en algo desagradable y reprobable por lo afanoso. Había mercado de ganado bovino, mercado de ganado lanar y mercado de ganado porcino a orillas del río. Allí concurrían flacos, huesudos y greñudos Bob Roys, ocultando sus típicos trajes de Lowland bajo pesadas mantas escocesas, yendo y viniendo entre los animales y perfumando el aire con su fuerte olor a whisky. En la Calle Mayor se celebraba el mercado de grano, con gran bullicio y animación ante los sacos abiertos. Por último, en la calle también, existía el mercado general, donde se veían escobas de retama, casi en flor aún, y primitivos cestos recién trenzados. Las mujeres se paraban ante los tenderetes al aire libre —entre los cuales no faltaban puestos de Biblias— en busca, por lo general, de zuecos y cofias. Se distinguían allí un “Dispensario del Doctor Mantle para la curación

de todas las enfermedades. Consulta gratuita”, con el anejo de un “Laboratorio médico-químico-botánico del Doctor Mantle”, cuyos dos establecimientos consistían en dos tableros sobre cuatro pies, protegidos por un toldo. También concurría al mercado un “renombrado frenólogo de Londres”, en espera de clientes de ambos sexos a quienes, por seis peniques cada uno, sometía al oportuno examen que les serviría para “conocerse mejor a sí mismos”. En medio de aquel tráfico de transacciones y beneficios derramados por doquier, el sargento de la oficina de enganches se abrió camino con ojos vigilantes, como una amenaza de guerra en medio del bullicio de la paz. Su presencia se justificaba por el hecho de figurar en las paredes ciertos pasquines insinuantes de que los Oxford Blues estaban dispuestos a escuchar las propuestas de alistamiento de unos cuantos buenos mozos, agregando que, aunque las ordenanzas de aquel distinguido cuerpo exigían una estatura de seis pies completos, los “muchachos de cinco pies y once pulgadas en período de crecimiento” no debían desesperar por completo de ser admitidos.

Aspirando el aire matinal con más complacencia que lo hiciera la sepultada majestad del rey de Dinamarca, los señores Idle y Goodchild atravesaron Carlisle y a las ocho emprendieron el camino del pueblo de Hesket (Newmarket), a unas catorce millas de distancia. Goodchild —quien comenzaba ya a dudar de si

estaba o no realmente ocioso, como le pasaba siempre que no tenía nada que hacer— había leído algo sobre cierta imponente colina o montaña llamada Carrock o Carrock-Fell, y había llegado a la deducción de que sería la máxima victoria de la ociosidad ascender a su cúspide. Por el contrario, Idle, pensativo ante los inevitables trabajos de la empresa, había manifestado ciertas dudas sobre la oportunidad y hasta sobre la cordura de tal empeño; pero Goodchild mantuvo su criterio y ambos iniciaron el camino.

Cuesta arriba y cuesta abajo, torciendo a derecha e izquierda, acomodados en un viejo carruaje del país —que su cochero había alabado mucho más de lo que merecía, como es de uso en la región—, los principiantes rodaban por el camino, sintiéndose zarandeados del modo más delicioso y pintoresco que cabía pedir. A lo largo de la carretera surgían casas bien construidas y con buena techumbre, blanqueadas, acogedoras, agradables. Niños muy limpios, con otros niños tan grandes como ellos en brazos, se asomaban a mirarlos. Las gavillas segadas, rociadas por la lluvia, yacían en las eras aún. En algunos puntos, los campos estaban si segar. Junto a las casas se veían huertos bien cultivados, feraces a fuerza de trabajar el duro suelo. Aquellos parajes eran, sin duda, solitarios y olvidados; pero, gracias a Dios, también en sitios así puede la gente nacer, casarse, amar, vivir y ser enterrada, según observó con justicia el señor Goodchild. Luego, apareció el pueblo.

Casas negras, de piedras toscas, con ventanas irregulares, con escaleras al exterior, como en Suiza. Una sinuosa calleja empedrada trepaba monte arriba, recorriendo el pueblo, a guisa de arteria central. Todos los niños del lugar se precipitaron fuera de sus viviendas. Las mujeres, interrumpiendo su faena en el lavadero, se asomaban a las puertas y a las escasas ventanas. Tales fueron las observaciones de ambos camaradas cuando hicieron alto en su camino a la puerta del zapatero de la localidad. El empinado monte Carrock presidía el conjunto desde arriba, con aire de pocos amigos. A la sazón empezaba a llover.

El zapatero local se negó a entrar en debates sobre el Carrock. Nadie lo visitaba, ni la aldea tampoco. Podían irse con Dios. Entonces el conductor del coche llamó al posadero. Éste tenía dos mozos trabajando en el campo y podía llamar a uno de ellos para servir de guía en la ascensión del Carrock a los dos caminantes. Idle y Goodchild se apresuraron a asentir, y pasaron a la posada para beber whisky y comer unas tortas de avena.

El posadero, aunque no fuese lo debidamente perezoso —en realidad no tenía pereza alguna, lo cual constituía su principal defecto—, era un buen ejemplar de hombre del norte, e incluso de hombre de cualquier parte. Ostentaba unas mejillas encendidas, unos ojos brillantes, una figura proporcionada, unas manos inmensas, una voz alegre y sonora y un aspecto recio y gallardo. En el piso superior tenía una sala que bien

valía por una escalada a los montes de Cumberland, observación sugerida por Goodchild, sin que mereciera la aprobación de Thomas Idle.

El techo de la sala, cruzado en todos sentidos por vigas de desiguales longitudes irradiaban un aspecto semejante al de una estrella de mar rota. El aposento, muy cómodo, estaba bien acondicionado con muebles de caoba tapizados de crin. Tenía una chimenea muy atractiva y dos ventanas, con buenas cortinas, que permitían contemplar a satisfacción el agreste paisaje inmediato. Lo más admirable de todo era el prodigioso número de cachivaches y cacharros que poblaban la habitación. No podía decirse que fueran muy variados, en realidad, pues la mayoría consistían en muñecos de cera con los miembros más o menos mutilados, protegidos bajo fanales de cristal. También se veía un Padre Adán de loza, de cuyo costado surgía la señorita Eva como una protuberancia, en una actitud de exagerada presunción. Colgaban de las paredes grabados representando al mozo del señor Hunt antes y después del pastel, separados por una estampa marina, vivamente coloreada, donde un barco desplegaba todos los pabellones imaginables sobre un mar tan igual y uniforme como un collar de señora. Un anciano y benévolo caballero del siglo pasado, con la cabeza empolvada, miraba, desde un lienzo al óleo cubierto de barniz, un desconcertante objeto colocado sobre la mesa, objeto mezcla de pescante de coche y de caja triangular, si-

quiera cuando se abría resultara ser un instrumento musical de cuerda, como un arpa de David empaquetada para un viaje. En aquella curiosa estancia todas las cosas parecían convertirse en adornos. La misma tetera de cobre, bruñida hasta su máximo esplendor, surgía sobre un soporte a gran distancia del fuego, como si declarase: “Perdonen; no soy una tetera, sino un objeto decorativo”. El mantequero, de los típicos de Stafford, con su tapa inherente, se hallaba en una mesita redonda, realzada con un mantel de encaje, y dijérase que se proclamaba ante las dos sillas colocadas allí como por casualidad, un pretexto de amable conversación, una deliciosa fruslería de China propia para que los visitantes de aquel antiguo pueblo de los montes de Cumberland invirtiesen en hablar de ella los instantes de su vida, aquella vida casi de mariposas que parecía llevarse en el salón de la posada. Aun el taburete habitual, en vez de estar en el suelo, campaba sobre el sofá, fingiendo, entre montones de lana blanca y color castaño oscuro, un perrillo mimado, puesto allí para su reposo. Sin embargo, a pesar de sus brillantes ojos vidriosos, este insólito faldero resultaba lo menos conseguido de la colección y sugería la idea de que algún corpulento miembro de la familia se había sentado encima sin darse cuenta.

También había libros sobre la mesa, sobre la chimenea, en una rinconera. Véíanse allí obras de Fielding, Smollet, Steele y Addison, en tomos sueltos, y relatos de aventuras marineras en noches tempestuosas; en

suma, toda una colección de volúmenes igualmente agradables para ser leídos en días de lluvia o de sol. Era grato distinguir tales cosas en tan apartado sitio, grato hallar tales evidencias de buen gusto —que, aunque corriente, iba más allá de cuanto pudiera esperarse del trivial aspecto de limpieza y orden de la casa—, grato imaginar lo maravilloso que aquel cuarto sería para los niños nacidos en tan sombrío lugarón. ¡Cómo recordarían aquel aposento quienes después se lanzaron mundo adelante, y cómo, si alguno moría, viejo ya, en algún distante rincón del globo, alimentaría la creencia de que la más espléndida estancia conocida por los hombres era el salón de la posada de Hesket (Newmarket), en el antiguo país de Cumberland! Tan delicioso era meditar perezosamente en aquellas ideas mientras se hacía justicia a las ricas tortas de avena y al magnífico whisky, que ni a Goodchild ni a Idle se les ocurrió pensar en la causa de que no volviera a hablarse más de los dos mozos del campo, ni en la de que el robusto posadero los sustituyese sin explicaciones. Tampoco se percataron de cuando apareció un cochecillo, esperándolos, en la puerta, ni de cómo quedó todo arreglado, sin que mediase ningún arreglo, para trepar a los hombros del viejo Carrock y plantar el pie sobre su cabeza.

Sin una palabra indagatoria, los dos aprendices perezosos, salieron, resignados, bajo una lluvia fina, suave, apretada, incansable, penetrante; subieron al ligero cochecillo del posadero, y atravesando el pueblo, se

dirigieron al pie del Carrock. El viaje, al principio, no resultó nada notable. El camino de Cumberland subía y bajaba como cualquier otro, los perros de Cumberland salían de detrás de las casas para ladrar como otros perros cualesquiera, y los campesinos cumberlandeses miraban, embobados, el coche que pasaba con igual asombro que cualquier campesino de otra región. La aproximación al pie de la montaña fue, poco más o menos, como hubiera sido el acto de acercarse a otro monte cualquiera del mundo. Los cultivos de hacían gradualmente más raros, los árboles eran más escasos cada vez, el camino iba tornándose más empinado y las laderas parecían, gradualmente también, más altas y difíciles de subir. Se dejó el cochecillo en una granja solitaria y entonces el posadero abrió un gran paraguas, y con el aire del más atento y emprendedor de los guías, comenzó el ascenso.

Goodchild miró con interés la cumbre de la montaña, y sintiendo, al parecer, que iba a estar ahora más ocioso que nunca, todo su ser irradió júbilo bajo la influencia del contento íntimo y de la mojadura externa. Entre tanto, una desesperación sombría se enseñoreaba del alma de Thomas Idle. Procuró guardar ocultos sus sentimientos, pero cuando empezó la ascensión hubiese dado con gusto una buena cantidad de dinero por volver sobre sus pasos y retornar a la posada. Las vertientes del Carrock se mostraban amenazadoras y abruptas, la cumbre desaparecía entre la neblina. Arreciaba



la lluvia. Las piernas de Idle, siempre débiles cuando era menester andar, temblaban de temor y titilaban por efecto de la humedad, la cual se infiltraba en su cuerpo, calando la chaqueta del joven y el chaleco interior por el cual pagó, mal de su grado, antes de salir de Londres, la fabulosa suma de dos guineas. Para colmo, no tenía a mano otras vituallas que un paquetito de pegajoso dulce de jengibre, y no había quien le empujara con cariño hacia delante, ni nadie con quien hablar y que compartiera su desagradable sentimiento respecto a las dificultades de la escalada, a la humedad de la lluvia, al espesor de la niebla y a la indescriptible locura de subir a pie una cuesta cuando el mundo esta pletórico de lugares llanos que incitaban a caminar. ¿Para esto había salido Thomas de Londres? ¿Londres, con sus parques repletos de agradables paseos horizontales, con bancos de trecho en trecho para reposo del fatigado caminante; Londres, donde la áspera piedra está dividida por la civilización en trozos lisos e iguales, a fin de formar cómodas losetas! No, no había sido para ascender entre penalidades los declives del Carrock para lo que Thomas dejó su Londres nativo y emprendió el camino de Cumberland. Nunca había estado más catastróficamente seguro de haber cometido un pesado error que ahora, al hallarse escalando, bajo la lluvia, la cima de una pendiente montañosa, y comprendiendo que no podía contar sino con sus débiles piernas para llegar a la meta de su caminata.

El honrado posadero iba delante, detrás el jubiloso Goodchild y a retaguardia el sombrío Thomas Idle. De vez en cuando, los dos primeros miembros de la expedición cambiaban de lugar entre sí; mas el postrero no alteraba nunca su situación. Monte arriba o monte abajo, sobre los charcos y fuera de ellos, pisando rocas, pantanos o matorrales, el señor Thomas Idle era siempre el último, y siempre aquel a quien tenían que aguardar los demás. Al pronto, el ascenso pareció ficticiamente fácil, pues las laderas de la montaña sólo subían poco a poco y estaban tapizadas de un césped tierno y esponjoso por donde resultaba grato caminar. Pero a las cien yardas, poco más o menos, el verdor desapareció, a la par que la suavidad de la ladera, y empezaron las rocas. No se trataba de majestuosas rocas erguidas con cierta regularidad en su distribución, que brindasen a ratos lugares lisos a propósito para descansar, sino de molestas e irritantes rocas menudas y sembradas al azar por la Naturaleza, rocas traidoras y desmoralizadoras, con toda clase de sensibles dedos de los fatigados pies que hacían multiplicar los tropezones. Vencida aquella difícil zona, la sustituyó otra de arbustos y cenagales. La escarpada pendiente cedió un tanto y entonces la vanguardia de la columna se volvió para mirar a sus pies. El panorama de campos y pantanos parecía una débil acuarela semidifuminada. La niebla se ennegrecía, la lluvia aumentaba, los árboles se convertían en tenues sombras, se borraban los linderos de los campos, y la

solitaria granja donde dejaran el coche parecía espectral bajo la claridad gris del día, última construcción humana en los confines del mundo habitado. ¿Merecía aquel paisaje la pena de subir? Podía decirse que... no.

Otra vez cuesta arriba. La cima del Carrock no está dominada todavía. El posadero continuaba tan atento y jovial como al pie del monte. Los ojos de Goodchild resplandecían más que nunca y sus mejillas se habían puesto muy sonrosadas. Hacía sin cesar alegres comentarios y oportunas citas, mientras andaba, con paso maravillosamente elástico, hacia la cumbre. Y mientras, Idle iba cada vez más a retaguardia, con los dedos nadando dentro de sus botas anegadas, con su chaleco de dos guineas pegándosele a las dolientes costillas, con el capuchón tan saturado de agua y tan rígido, por tanto, sobre sus hombros, que se le antojaba a Thomas caminar con la cabeza dentro de un gigantesco apagaluces. Y su ánimo, de segundo en segundo más decaído, representaba muy bien el papel de la bujía que había de apagarse... ¡Arriba, arriba!... Al fin alcanzaron una meseta. La niebla que envolvía la cumbre del Carrock parecía más densa y cercana que nunca. ¿Acaso esta allí el fin de la subida? No, nada de eso. Una indignante peculiaridad de todas las montañas del globo es que, aun cuando sólo presentan una cumbre si se las mira desde donde siempre debiera mirárselas, o sea desde abajo, resulta luego que en sus laderas florece una completa erupción de falsas cum-

bres en cuando el mal aconsejado viajero abandona su camino llano para escalarlas.

El Carrock, despreciable montecillo de apenas mil quinientos pies, presume, sin embargo, de falsas cumbres y hasta de precipicios, como el Mont-Blanc. Mas no importaba: ello complacía a Goodchild, y por ende, persistiría en la escalada. E Idle, temeroso de ser dejado solo y muy a la zaga, hubo de seguirle. Al acercarse al límite de la niebla, el posadero se detuvo y dijo que era de desear que la bruma no espesara más aún, porque entonces, como hacia veinte años que él no subía al Carrock, los tres corrían riesgo de extraviarse. Goodchild oyó tan inquietante advertencia sin que le inmutase lo más mínimo. Él necesitaba alcanzar aquella cima —que se disipaba siempre ante los viajeros como un Judío Errante, condenado a perpetuo caminar—, costara lo que costara. El leal posadero accedió a acompañarle. Los dos, ante los velados ojos de Idle, semejaban un tanto a distancia en la engañosa niebla, dos gigantes que treparan, joviales las gradas de algún colosal castillo invisible. Arriba, arriba; un techo hacia abajo, y otra vez hacia arriba. Ahora un tramo de camino horizontal, y cuesta arriba de nuevo. El viento, un viento desconocido en los felices valles de la llanura, sopla con vigor; la bruma lloviznera se torna impenetrable; aparece un árido montoncillo de piedras. El posadero añade una al montón, no sin rodearlo, como ejecutando algún misterioso salmo, antes de depositar la piedra con el aire

de un hechicero que agrega un ingrediente a su mágica caldera en plena ebullición. Goodchild se sienta junto al montón como ante la mesa de trabajo de su casa. Idle, empapado y jadeante, se acomoda de espaldas al viento, seguro ahora de que se encuentra ya en la cumbre, y mira alrededor con toda la poca curiosidad que queda en él, consiguiendo así distinguir un magnífico paisaje de... nada.

El efecto estético de tan sublime espectáculo sobre las mentes de los exploradores queda algo desvirtuado por la inevitable conclusión que el aspecto del panorama provoca: la de que la niebla se ha espesado en torno a ellos, como el posadero temía. Ahora es imperativamente necesario, antes de emprender el descenso, concretar la situación de la granja donde los viajeros han dejado el coche. Mientras el posadero se esfuerza por realizar este descubrimiento a su modo, Goodchild hunde la mano en su mojada chaqueta, extrae una cajita de tafilete rojo y saca de ella, ante la admiración de sus compañeros, una brújula de bolsillo. Una vez hallado el norte, se localiza la situación de la granja y comienza el descenso. Al corto rato, Idle, a la zaga como de costumbre, mira a sus compañeros describiendo un brusco recodo, procura seguirlos, los ve desaparecer en las nieblas, los llama a gritos, los espera, los encuentra al fin y averigua que habían acordado una parada, en parte por hallarle y en parte para consultar de nuevo la brújula.